

## **Al borde pero sin caerse o agarrados de las falanges.**

### **Un ejercicio comparativo entre mensajeros en moto e hinchadas de fútbol**

Por José Garriga Zucal y María Graciela Rodríguez<sup>1</sup>

#### **Resumen**

Cada autor ha trabajado, en forma individual, con diferentes grupos constituidos en instancias de sus respectivas investigaciones. En un caso, con un grupo de hinchas del Club Atlético Huracán, y en otro, con un grupo de moteros (mensajeros en moto) de la ciudad de Buenos Aires. A partir de mutuas lecturas, surgieron una serie de cuestiones que exceden lo meramente descriptivo y que enriquecen las posibilidades del análisis cultural. Por un lado, la relacionada con los mecanismos de visibilidad e invisibilidad de cada grupo y, en ese marco, las razones que subyacen en estos mecanismos, sus relaciones con la sociedad en general y con los medios de comunicación en particular, y el alcance del concepto de instrumentalidad, rápidamente supuesto en este mecanismo. Por otro lado, las reflexiones consideran los marcos de los trabajos de investigación en cultura, sus matrices de análisis, sus potencialidades interpretativas y la necesidad de superar las matrices dicotómicas para avanzar en redes conceptuales abiertas al análisis de un espesor cultural más allá de la oposición cultura popular/cultura dominante.

#### **Desarrollo**

Cada uno de nosotros ha trabajado, en forma individual, con sendos grupos que hemos constituido en instancias diferentes de nuestras investigaciones, como unidad de análisis. José Garriga Zucal ha hecho su trabajo de campo con un grupo de hinchas del Club Atlético

---

<sup>1</sup> José Garriga Zucal es Doctorando en Filosofía y Letras (UBA), becario de Conicet, Magister en Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM) y docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Ha sido premiado con el segundo puesto en el concurso Mejores Tesis de Maestría IDAES-Prometeo 2006. María Graciela Rodríguez es egresada, docente e investigadora del IDAES/UNSAM, doctoranda en Ciencias Sociales (UBA) y docente también de la facultad de Ciencias Sociales (UBA) y de la facultad de Humanidades (UNLP). El siguiente texto ha sido elaborado especialmente para *Papeles de Trabajo*.

Huracán, y María Graciela Rodríguez ha trabajado con un grupo de moteros (mensajeros en moto) de la ciudad de Buenos Aires.<sup>2</sup>

A partir de mutuas lecturas y de decenas de intercambios informales, comenzamos a comparar ambos trabajos, no tanto en relación con sus resultados sino, más bien, en cuanto a las dimensiones sobre las que en cada caso nos interesó indagar y respecto de los ejes interpretativos que nos sugería cada análisis en particular. Al realizar este ejercicio comparativo (pues no se trató más que de eso, de un ejercicio), surgieron una serie de cuestiones que empezaron a exigirnos afinar cada vez más nuestras preguntas, y a la vez las miradas sobre las relaciones que la comparación ofrecía. Así, encontramos similitudes y diferencias entre ambos grupos que exceden lo meramente descriptivo para, más allá de esa obviedad, señalar(nos) otras zonas que enriquecen las posibilidades del análisis cultural. En esta presentación, nos interesa dar a conocer dos de esas zonas. Por un lado, la relacionada con los mecanismos de visibilidad e invisibilidad que en cada grupo se establecen y, en ese marco, las razones que subyacen en estos mecanismos, sus relaciones con la sociedad en general y con los medios de comunicación en particular, y el alcance del concepto de instrumentalidad, rápidamente supuesto en este mecanismo, aunque amerita una mirada más atenta. Por otro lado, las reflexiones nos guiaron hacia una segunda zona vinculada a los marcos que se seleccionan para abordar los trabajos de investigación en cultura, las matrices de análisis que surgen de cada marco elegido, lo que “abre” y lo que “cierra” cada matriz en términos de potencialidades interpretativas, y la necesidad de superar las matrices dicotómicas para avanzar en redes conceptuales abiertas al análisis de un espesor cultural más allá de la oposición cultura popular/cultura dominante. Y esto no porque pretendamos olvidar la existencia de la dominación sino porque, en el marco del ejercicio comparativo, uno de los puntos claves fue la necesidad de observar, junto con el conflicto, también los préstamos, las apropiaciones y las relaciones de complicidad y de mutua instrumentalidad. Nos interesa tomar en cuenta los modos en que estos sujetos constituyen modelos que son legítimos según sus parámetros, y que, a la vez que están ligados a relaciones de poder, pueden conformar un estilo propio. Al ensayar la comparación surgió la pregunta por los

---

<sup>2</sup> Garriga Zucal realiza una investigación etnográfica entre los miembros de la “hinchada” del club Huracán desde febrero del 2004 y Rodríguez está haciendo su trabajo de campo con “moteros” desde fines del 2003.

márgenes de autonomía para estilizar la vida de cada grupo y, en ese sentido, nos planteamos que estos márgenes están más expandidos y son más amplios que los de una mera oposición cultura popular/cultura dominante, aún cuando subyacen en ellos las relaciones de dominación. Al ser, además, estos márgenes poco claros, las relaciones entre las partes señalan que los contactos y las producciones simbólicas y prácticas emanadas de ambos son, antes que datos peculiares, espacios y elementos constitutivos de la modelización de la vida de los sujetos. El estilo forma parte, así, del contacto y del diálogo con la cultura de la sociedad “mayor” en la cual están insertos, y es desde ahí, desde esa zona de grises, que nos interesa pensar nuestro ejercicio.

Para presentar de modo claro nuestras reflexiones, en primer lugar intentaremos dar cuenta, someramente, de las diferencias y similitudes de ambos grupos estudiados; en segundo lugar presentaremos un conjunto de reflexiones que, ancladas en la comparación mencionada, focalicen sobre los mecanismos de visibilidad e invisibilidad; finalmente, avanzaremos en la presentación de algunas inquietudes que esperamos sirvan de proposición para alimentar el debate acerca de lo que habilita o inhabilita la opción por diferentes concepciones de cultura.

### **Moteros e hinchas: los pibes**

Los dos grupos puestos a consideración muestran atributos que en apariencia los asemejan y también características que los distancian. Por eso, la propuesta de este primer apartado es dar cuenta de los atributos expresivos, las lógicas de acción y el encuadre moral de ambos grupos, en atención a una suerte de clasificación “desclasificada” que, antes que una comparación dicotómica puntual, permita discriminar zonas de grises, de claroscuros y de contrastes. Esta clasificación, sin embargo, se asume provisoria y frágil porque, a medida que se ingresa en el universo de los grupos estudiados, muestra por sí misma la debilidad de sus límites, y por ende, su labilidad y porosidad, aunque también revela su potencialidad interpretativa. De modo que, ante la dificultad de someter a los grupos a una “clasificación” dicotómica cerrada, la comparación se presenta en forma de gradientes o grises de diferencias y similitudes según el eje en cuestión: los gestos “puramente expresivos”, las

prácticas orientadas a un fin o los universos morales que orientan a ambos.<sup>3</sup> Este juego de similitudes y diferencias surge de producir una discriminación que es útil solamente a los efectos analíticos. Porque lo que encontramos es un entramado más similar a un degradé que a una dicotomía de blancos y negros, donde los únicos elementos distintivos serán, indudablemente, los grises.

Incluso más, las fronteras se solapan de continuo: así como un hincha puede tranquilamente trabajar de motero, un motero puede pertenecer a una hinchada de fútbol. De hecho, una de las primeras señales que expresaban los moteros al preguntarles por los rasgos del “motero emblemático”, se compendia en este breve listado: “falso, mina, birra, hincha de Chacarita, para en el barrio”.<sup>4</sup> Por eso, en la dimensión expresiva, al comparar los rasgos que traman la presentación de sí de estos sujetos, observamos pocas diferencias y éstas aparecen, concretamente, en al menos dos sentidos (el segundo de los cuales nos conduce, inevitablemente, al límite de la discriminación analítica propuesta que comienza, así, a mostrar su carácter de simulacro). En términos de una descripción superficial, casi expresionista, pueden observarse ciertos indicadores “objetivables” tales como la vestimenta, el consumo de alcohol y de drogas, las modelizaciones de la voz y del habla y ciertas señales que manifiestan sus consumos culturales. En este punto, las similitudes son importantes y, de algún modo, oscurecen la posibilidad de discriminar atributos propios de cada grupo. Hasta aquí, aún con mínimos detalles diferenciadores, los dos grupos se asemejan bastante y podrían ser catalogados, en una rápida clasificación, dentro de lo que se ha dado en llamar la cultura del aguante (Alabarces *et al.* 2000; Alabarces 2004 y 2005). Por otro lado, ambos grupos son portadores de un repertorio de términos que ya no sólo involucra una dimensión retórica o expresiva de la presentación pública de sí, sino que atraviesa las prácticas de modos contundentes. Y sin embargo, las distancias comienzan exactamente aquí. Porque si bien los significantes de este repertorio son los mismos, cada

---

<sup>3</sup> Estilo, prácticas instrumentales y régimen moral difícilmente puedan separarse en los hechos. Hacemos esta distinción sólo a los efectos de producir una mirada más sutil que permita leer las distancias y las cercanías entre los dos grupos.

<sup>4</sup> La confrontación de este listado ideal con las prácticas efectivas de los sujetos indica que los consumos son más uniformes en el plano del imaginario que en el real, lo cual no implica que la construcción ideal no esté permanentemente sirviendo de guía o de marco a la hora de organizar sus narrativas.

uno de ellos se corresponde con diversas significaciones otorgadas y definidas desde las prácticas nativas. Así, “pibe”, “yuta”, “aguante”, “banda”, “combate”, “esquina”, “pararse”, entre otros, no responden a sentidos uniformes sino que poseen significados diferentes según el grupo del que se trate, por lo cual su valor difiere y, en consecuencia, difiere el peso que tienen respecto de la capacidad para ocupar posiciones en las redes sociales en las que intervienen.

Por ejemplo, entre los moteros la definición de jóvenes se relaciona con el uso de la categoría de *pibes*, la cual a su vez se distingue de otros usos culturales de la nominación por una posición peculiar respecto del mundo de los adultos. Porque el pibe, en este universo, no es un niño sino, más bien, un sujeto liminal. Según Archetti (1998), la categoría de pibe señala un espacio liminal, a medio camino entre los territorios legítimos (la adultez, la escuela, el estadio) y los márgenes (la niñez, el barrio, el potrero), que sostiene en lo privado un peculiar conjunto de valores. Ser pibe, en el universo de los moteros, se expresa particularmente en las formas de organizar los espacios básicos de la vida, como el trabajo o la descendencia: “Yo no quiero crecer: quiero seguir siendo pibe”, afirman. Ser adulto, en estos comentarios, no remite tanto a una condición etaria sino más bien al aburrimiento, la rutina, el “trabajo gris” y el sueldo. En un sentido, la clave de trabajar como moteros no reside en la ausencia de horarios fijos, dado que de hecho están encuadrados en un ordenamiento de pautas horarias (especialmente las de entrada), sino, más bien en que la rutinización es baja comparada con otros formatos laborales, y en que, durante la jornada laboral, encuentran tiempos de libertad relativa que les arrancan a las obligaciones. Encontrarse en la cola de un banco con un amigo, por ejemplo, e irse a tomar una cerveza permite gozar de la experiencia de la fuga del sistema, aunque sea momentáneamente.<sup>5</sup> Ser un pibe entre los moteros tiene sentido en la conformación de un estilo que les permite distanciarse de un mundo considerado careta, donde la clave estaría dada por los horarios laborales rígidos, el traje y la corbata.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> “Y lo bueno es que yo ando por la calle, no me controla nadie. Yo me subo a la moto, me voy, y soy yo (...) La gente me dice, ‘llevame esto urgente’ y yo le digo, ‘sí, sí’ y después voy para el centro y le hago el trámite, pero también hago lo otro, ¿entendés? Yo voy tranquilo”, dice Quique.

<sup>6</sup> Desde la postura de los dueños de agencias (muchos de ellos ex-moteros) esta posibilidad no implica riesgos: “Menos laburan, menos guita”, contesta Lucas levantando los hombros a la pregunta sobre la ausencia de control. La elección laboral está tamizada, así, por la contundente negación de la rutina y por la

Por el contrario, ser un pibe en “la hinchada” es señal de pertenencia al grupo, marca que se define por la práctica de acciones violentas y, por lo tanto, no distingue jóvenes de adultos, sino a quienes se la aguantan de los que no. El aguante es el principal de los bienes simbólicos y remite al plano de la violencia en su dimensión de enfrentamiento, ya que sólo en una lucha, en una acción donde se ejerce violencia de hecho y no simbólica, se puede probar la posesión del aguante. Este bien engloba nociones de lucha corporal, de resistencia al dolor y de carencia de temor al riesgo. Estas formas de actuar sólo pueden ser probadas en una contienda corporal, en donde el cuerpo disputa el aguante. En la pelea, ya sea contra parcialidades rivales, contra la policía, entre las facciones que conforman la hinchada o entre los mismos integrantes de una facción, se dirime la posesión del aguante. El aguante es una forma típica de honor, ya que valora comportamientos y propiedades determinadas como honorables o deshonorables. Y esto es así porque en cada sociedad, en cada momento dado, el honor toma aspectos distintos con relación a las formas de vida y el sistema intelectual de cada cultura, lo que permite expresar la aprobación y desaprobación de conductas y formas de pensar (Pitt-Rivers 1980).

Así, el aguante, que es imposible de disociar de la violencia para los integrantes de la hinchada, es el valor moral que define a los pibes; valor moral que forma un estilo que los desmarca de los que no usan la violencia como señal de distinción: trompadas, cicatrices, heridas de balas de goma, formas de mover el cuerpo, gestos y cierta cadencia del habla son las señales del lenguaje del aguante. La distancia de los valores legítimos ubica a los pibes de la hinchada más allá de los márgenes de lo socialmente aceptado y, en tal sentido, parece que están ubicados en un lugar distinto del de los moteros. Sin embargo, como veremos más adelante, ambos estilos están “adentro”.

Lo cierto es que la comparación indica que, ante un mismo significante, que seguramente posee formantes históricos similares, los significados difieren. En un caso, “pibes” está relacionado con un formato laboral que requiere de la exhibición de unos atributos expresivos para oponerse a un estilo de vida considerado no deseable; mientras que en el

---

eficacia de sentirse dueños de pequeños espacios de fuga que, a modo de *tácticas de antidisciplina* (de Certeau, 1996), son usados durante la jornada laboral, es decir, dentro del encuadre. Todo esto, sin embargo, no implica “irresponsabilidad”. Aún más: muchos de ellos son padres de familia responsables, con dos, tres y hasta cinco hijos a cargo.

otro caso, está vinculado al uso de la violencia e implica una forma de ser o de estar en el mundo. Las diferencias entre prácticas y estilos diferenciados nos advierten sobre la necesidad de observar más allá de la oposición dicotómica mencionada porque, en esa oposición, la suerte de los significados quedaría vaciada de su correspondiente densidad conceptual. Podría decirse que, en general, el repertorio mencionado (sobre el cual dimos sólo un ejemplo) proviene de una suerte de “núcleo en común”, desde y hacia el cual cada elemento se va modificando, adaptando, reconfigurando, cuando los practicantes transitan de un espacio a otro. Las prácticas que remiten al uso de este repertorio no sólo nutren la significación (densa) de cada término, sino que además éste se va solapando con los significados de otras prácticas experimentadas en otros espacios culturales.<sup>7</sup> Aun cuando sea posible distinguir el uso plural de un repertorio aparentemente similar, atribuirle un “origen”, afirmar que “nació” en el ámbito del rock, del fútbol, de las prácticas políticas o de las prácticas laborales, es ciertamente difícil.<sup>8</sup>

En este sentido cobra importancia la operación de puesta en escena de la cultura del aguante por parte de los dispositivos del mercado de la cultura (Baranchuk 2005), donde el papel de los medios de comunicación se vuelve central para entender no sólo la imposibilidad de buscar un “origen”, sino también las modalidades por las cuales estos grupos quedan rotulados en el mismo marco. Y es que, en su necesidad de “balizar” las lecturas de los receptores, de dirigir la decodificación hacia “domicilios” de significados conocidos (Hall 1980), los medios producen dos operaciones que, aunque de signo opuesto, se revelan igualmente cruciales en la dinámica de captura de las prácticas populares. Por un lado, aplanan las diferencias al reducir la cultura del aguante a una serie de rasgos que remiten a la primera de las entradas analíticas y que ubicarían a los términos de ese repertorio como portadores del mismo significado entre los practicantes, ya sea que estén realicen prácticas de violencia en el fútbol, asistan a un recital de rock o transiten con sus

---

<sup>7</sup> Entendemos *experiencia*, siguiendo a Thompson (1989), en el doble sentido de vivencia y agencia.

<sup>8</sup> En todo caso, nos inclinamos por abordar la idea de “lo real”, en un sentido foucaultiano, es decir no como una instancia global a ser restituida sino como la trama de objetos sociales (un tipo de racionalidad, una forma de percibir, una tecnología, una práctica, un discurso, etc.) cuya equivalencia fundamental es similar y donde, por lo tanto, lo esencial no consiste en distinguir entre grados de “realidad” sino en comprender la articulación de los regímenes de práctica y las series de discursos que producen lo que es lícito designar como la “realidad” en un momento dado (Chartier, 1999).

motos por una manifestación política. Por el otro lado, y paralelamente, los medios producen identificadores “desde arriba” (Brubaker y Cooper 2001)<sup>9</sup> que, en tanto elementos de distinción, señalan recortes culturales identificables rápidamente como “subculturas”.

Aplanamiento y distinción son, así, dos caras de la misma moneda.

En esta suerte de escala de grises propuesta al inicio, y en concordancia con lo planteado anteriormente, las diferencias más acentuadas se observan (porque en verdad no se dejan observar) en las prácticas que podríamos llamar de supervivencia, es decir, en las formas que cada grupo tiene para sostener su vida cotidiana. Aquí las diferencias proceden de elementos tales como el acceso al mundo laboral o no, el bagaje educativo-cultural, las operaciones que se hacen con esa competencia, el ingreso a redes sociales de intercambio. Diferencias de grado y no de “sustancia”, que se solapan en una trama cultural donde los contactos, antes que las oposiciones, siguen siendo un dato relevante. De hecho, como ya se dijo, un motero puede ser miembro de la hinchada y viceversa, pero es difícil que cualquiera de ellos sea político, profesional, ejecutivo o bancario.

En el caso de los moteros, las competencias educativas y culturales adquiridas les permitieron, y les permiten, elaborar de modos creativos sus estrategias de inclusión, tanto desde el punto de vista de sus prácticas de supervivencia (concretamente las laborales), como desde el más inaprensible sistema simbólico que les sirve de contención y afirmación. En ese sentido, una práctica recurrente, que da cuenta de las posibilidades que poseen de acceder a recursos materiales y culturales, es la música, y esto tanto en su condición de oyentes competentes como de integrantes de una banda, es decir de “hacedores” y ejecutantes de sus propias músicas.<sup>10</sup> Por otra parte, para muchos de ellos el trabajo de

---

<sup>9</sup> Con el fin de desagregar la categoría de *identidad* que, en principio, aparecería poco operativizable, estos autores consideran que habría dos grandes dimensiones donde analizarla: los discursos “desde arriba” y los discursos “desde abajo”. A los primeros, en tanto interpelaciones de los sistemas de representación en general, los denominan *identificadores* porque actúan categorizando (y por ende clasificando) a los sujetos. En razón de poseer los recursos materiales y simbólicos para poder producir identificadores, el estado es uno de los productores de identificadores más poderosos. Sin embargo, tal como afirman Brubaker y Cooper, existen otros productores de *identificadores* paralelos que a veces lo contradicen y que en algunos casos pueden ser tan efectivos como el estado. En esta categoría caen, por ejemplo, los medios de comunicación.

<sup>10</sup> En efecto: muchos de ellos acusan una extrema sofisticación en la escucha y a la vez pertenecen a bandas musicales de baja proyección y repercusión mediática. Sea como bajistas, cantantes, bateristas o guitarristas, muy probablemente hayan accedido al equipamiento material y cultural necesario para la competencia musical, gracias a la particular situación histórica y económica de los 90 que, como observa Seman (2005), “combina la proyección que alcanzó por diversas vías el rock en el mundo popular, con la facilitación del

motero no es el primero que realizan y su trayectoria laboral está precedida por el desempeño en fábricas o empresas. Algunos de ellos compraron su moto con la indemnización de un trabajo anterior y otros han puesto finalmente una agencia después de trabajar de moteros por su cuenta. Los modos de inserción en el mundo laboral están indiscutiblemente ligados a la posesión de recursos materiales y simbólicos, no sólo por la capacidad de acceder a un pequeño capital para adquirir el vehículo, sino también por las tácticas<sup>11</sup> a partir de las cuales arman emprendimientos personales, las que requieren la posesión de cierto capital cultural. Por otro lado, muchos de ellos han concluido (o estuvieron a punto de hacerlo) sus estudios secundarios y algunos, inclusive, han comenzado y luego interrumpido estudios universitarios.

Para los integrantes de “la hinchada”, las competencias culturales y educativas tienen un lugar secundario en la delimitación de un estilo que se define por el conocimiento de técnicas de lucha, de resistencia al dolor y de carencia de temor. Éstas forman parte de un habitus (Bourdieu 1991) conformado en la herramienta de interacción con otros actores sociales. Es la estrategia, según Bourdieu (1988), lo que hace que se elija esa característica del habitus y que ésta pueda ser una herramienta de intercambio e interacción. Los integrantes de la hinchada son competentes en el manejo de esas cualidades: saben cómo, cuándo, dónde y ante quien exhibir las características violentas que los identifican y que los incluyen en redes sociales. Aquellos que usan de mal modo su habitus, los que andan a diestra y siniestra golpeando y matando, por ejemplo, no pueden establecer las relaciones sociales que los incluyan en redes sociales. Reconocer espacios, actores y situaciones donde exhibir sus capacidades violentas, las señales de su estilo, les permite relacionarse. Las competencias educativas y otras competencias culturales, como consumos musicales o literarios, no son importantes en su estrategia de inclusión: su estilo recorre otros caminos. Aunque es cierto que el poder de idealización señala de antemano quién puede tener más aguante que otro; por ejemplo, para los hinchas “los chetos”, aquellos que por sus condiciones económicas se supone que no tienen las experiencias delictivas y de lucha que

---

acceso a equipos de ejecución y producción musical en virtud del abaratamiento global de estos productos y la intensificación de este efecto derivada de la sobrevaluación del peso argentino, lo que permitía la importación de esos productos a precios más que accesibles”.

<sup>11</sup> Tomamos el término de *táctica* en el sentido que le da de Certeau (1996).

marcan al estilo, no se la aguantan (sin embargo siempre hay sorpresas en asuntos de piñas y aquél que parece más inofensivo puede resultar un luchador temerario).

### **Visas y coartadas**

Uno de los elementos que nos resultó más significativo al hacer el ejercicio comparativo es el que pone en juego la relación con la visibilidad o invisibilidad de cada grupo. Y este elemento también nos permite realizar una inflexión analítica. En efecto, la visibilidad se propone como una puesta en escena de los rasgos expresivos, de una cierta estilización de la vida que excede la función de ser una simple presentación de sí vacía de sentido, sino que, en ambos casos, adquiere el estatus de ser una suerte de “pasaporte” hacia otras cosas. En el caso de los hinchas de Huracán, la visibilidad es utilizada para la exhibición del capital violencia (Garriga Zucal 2005), lo que les permite ofrecerlo en el mercado simbólico compartido por quienes están vinculados a ellos en las redes de intercambio social (dirigentes políticos, punteros barriales, comerciantes, vecinos, etc.). En el caso de los moteros, la elección de un peculiar formato laboral les ofrece una coartada que ponen en juego a través de la estilización de las prácticas intrínsecas del trabajo, lo que les permite seguir considerándose *outsiders*, aquellos que no se dejan apresar por el sistema. La insistencia en señalar los rasgos del “motero imaginario” distancia el nivel de los enunciados de la dimensión de las prácticas y, a la vez, sirve como “distractor”, permite la fuga, impide su encasillamiento. Ante la pregunta por sus comienzos, uno de ellos dice: “No soy motero típico porque no empecé porque me gustaban las motos sino por necesidad”. Las indefiniciones funcionan, a la vez, como astucias para no ser encasillados y exhibir la estilización de la vida les posibilita entonces presentarse como inaprensibles y no plenamente “integrados al sistema” (Rodríguez 2005).

En suma: podría decirse que si los moteros están al borde pero sin caerse, los hinchas de Huracán están afuera pero agarrados de las falanges.

Sin embargo, esta necesidad de visibilidad no constituye un mero gesto instrumental, aun cuando, en ocasiones, pueda resultar imprescindible exhibirse primero para poder negociar después. De manera mayoritaria esta visibilidad también funciona, básicamente, como

reconocimiento hacia adentro del grupo, lo que opera a través del relato de las partidas (De Certeau 1996), es decir, de la rememoración pública de sus propias actuaciones. Esto significa que no sólo contribuyen a la cohesión interna y refuerzan la memoria grupal, sino que, además, sirven como reconocimiento social (Jelin 2003).

En el caso de los hinchas de Huracán exhibir sus prácticas violentas les asegura el respeto por parte de los compañeros. El reconocimiento tiene forma de respeto entre los integrantes de la hinchada y éste sólo se obtiene a través del aguante, de la práctica violenta. Es necesario exhibir la posesión del aguante para ganarse el respeto. Los simpatizantes de Huracán tienen un video, que intercambian entre ellos, en el que tienen grabados diferentes enfrentamientos emitidos por la televisión. En él se muestra a Coco, cinturón en mano, blandiéndolo como látigo, cuando auxiliaba a un compañero que era golpeado por la policía. Varias veces Coco comentó esta escena, lo llenaba de orgullo el haber ayudado al compañero y también aparecer en la televisión de esta forma, ya que así su accionar se volvía inobjetable. Aquellos que veían el video (re)conocían el aguante de Coco y por eso él se volvía un sujeto respetado según los parámetros grupales. Entre los moteros la función es relativamente similar, aunque con diferencias, porque en este caso los relatos deben servir, centralmente, para su confirmación con el afuera, con el mundo de los adultos.<sup>12</sup> Entonces, los relatos sobre la solidaridad, la peligrosidad o el aguante, son en sí mismos y simultáneamente relatos de autorreconocimiento y de reconocimiento. Así, Miguel relata que una vez iba en la moto por la zona de Parque Centenario, en el centro geográfico de la ciudad de Buenos Aires, y vio pasar dos motos delante, y entre seis y ocho detrás de la primera. Decidió seguirlos y llegó a Plaza de Mayo, donde confirmó que el que conducía la moto que iba adelante era ladrón y que el resto lo estaba persiguiendo. En ese momento, apareció un policía y, sin ponerse de acuerdo previamente, el grupo decidió no denunciar al ladrón. Lo más significativo de esta anécdota es el remate de Miguel, que la utiliza como excusa para comunicar el valor de la solidaridad: “Lo miré al cana y le dije ‘no, papi, queremos la moto de vuelta, no lo vas a meter en cana por eso...’”. Es el relato de la partida más que la anécdota lo que Miguel pone en juego en la entrevista, porque funciona como

---

<sup>12</sup> De allí la importancia de narrar estas anécdotas a los que, como nosotros, indagamos sobre su mundo moral.

esa señal “hacia fuera” mencionada más arriba. Nótese, por ejemplo, la utilización del vocativo “papi” y la estructura narrativa: “Lo miré y le dije...”, dos señales estilísticas que, antes que referir el acontecimiento, están marcando un (indemostrable) posicionamiento simétrico frente al poder. Esto último, y no la anécdota, es lo que Miguel pretende resaltar.

### **Juego de luces y sombras**

Por otro lado, como ya mencionamos, la estilización funciona como visa o coartada según el caso. En el universo peculiar de los moteros la necesidad de hacer visible el estilo opera como salvaguarda de sus propios valores, y también como una señal hacia “afuera”. Con ésta se pretende indicar que hay una parte de sí que los habilita a mantener una posición relativamente autónoma y sobre la que no desean claudicar. La estilización cultural se vuelve así un juego que funciona como coartada para poder enfrentar la necesaria obligación laboral. Entre los moteros el estilo no es la representación (más o menos fiel, no tiene importancia) de una “realidad” anterior, sino, parafraseando a Ehrenberg, la traducción de un imaginario. Y, más específicamente, la parte del imaginario que transforma en imagen algo completamente distinto de lo “real”. Así, podría decirse que, de modos contradictorios, el estilo invisibiliza la contundencia de la “realidad”. En el caso de los hinchas de Huracán, por el contrario, esta necesidad de visibilidad, además de reforzar, como ya se describió, el sentido de pertenencia al grupo, también sirve de “plataforma” para exhibir aquello que tienen para intercambiar. Es preciso destacar aquí que hay otros grupos, no estigmatizados por la sociedad mayor, que consideran al capital violencia moneda de cambio con un valor apreciable, y que entran en redes de intercambio con los hinchas, aunque en espacios expresamente no visibilizados. Ambas partes, hinchas y sus relaciones, sean políticos, dirigentes o comerciantes, disimulan entre sombras sus lazos personales, que sólo aparecen en los pequeños relatos, las crónicas, la historia con minúscula. En cambio, lo que se hace visible son las señales del estilo violento por parte de los hinchas y los discursos condenatorios de la violencia de aquellos que luego tienen relaciones personales con “los violentos”. Sin embargo, aquellos que condenan la violencia tienen en otros contextos otras valoraciones de las mismas prácticas. Muchos dirigentes,

políticos y vecinos se enorgullecen de socorrer a sus “amigos” de la hinchada cuando están en problemas y, al mismo tiempo, reniegan de esas relaciones en otras dimensiones de la vida pública porque pueden ser condenados desde visiones que presuponen que auxilian y sustentan a “los violentos”.<sup>13</sup>

En cierto modo, los medios comparten y construyen esta concepción hegemónica de la violencia, y definen (y al definir hacen visibles) los límites de prácticas aceptadas y prácticas no válidas. Por lo tanto prescriben lo que está bien y lo que está mal.<sup>14</sup> Pero, a la vez, las lógicas del mercado de la cultura capturan y ponen en escena eso que se requiere hacer visible. Entonces, en el caso de los hinchas de fútbol, y de maneras contradictorias, los medios escenifican un “estilo”, lo condenan y en esa misma operación vuelven visible, entre otras cosas, el capital violencia, moneda de intercambio en la red de relaciones que saltan por encima, o pasan por debajo, o por el costado, de los límites que de ese modo se edifican.

Por lo tanto, en el juego de visibilidad e invisibilidad que se dan los grupos, las diferencias mayores se relacionan no tanto con el grado de instrumentalidad del gesto, sino, más bien, con las relaciones que cada grupo establece con la cultura en general. El aplanamiento con el que los medios clasifican a algunos grupos de “subcultura” les sirve a los moteros para distinguirse de un mundo “careta” del que se resisten a ser considerados parte; a los hinchas, en cambio, les sirve para “vender” un capital simbólico que, de por sí, está

---

<sup>13</sup> Puede parecer contradictorio que la misma acción que da prestigio, desprestige al mismo tiempo. Pero no lo es. Muchos de estos actores sociales, políticos y dirigentes, interactúan en mundos morales con parámetros distintos para definir algunas prácticas. Esto produce que una acción de ayuda y solidaridad con los integrantes de “la hinchada” sea una operación que nutre de prestigio en un determinado mundo moral pero que pueda ser valorada de forma negativa en otro universo.

<sup>14</sup> El programa de televisión por cable *El Aguante* es un caso paradigmático. Este programa, que se autopostula como aquel que repone en la superficie textual televisiva el mundo moral de las bandas de hinchas, recorta este mismo objeto con el discurso objetivo e imparcial del periodismo que conecta con un discurso más general de condena a la violencia. Lo interesante de este mecanismo puesto en escena por *El Aguante* es que esta condena no aparece en forma explícita sino, más bien, por omisión y obturación. En efecto: en *El Aguante* no se trata de mostrar episodios de violencia en el fútbol junto con comentarios en off cuyos contenidos serían de tipo valorativo o prescriptivo (tal como es habitual en los noticieros o en los mismos programas de transmisión de partidos), sino que su estrategia consiste en no otorgar visibilidad a los grupos de hinchas que hacen una utilización extrema del cuerpo y que, por lo tanto, rozan el límite con los comportamientos denominados violentos, aunque sí se los nombra para condenarlos. Para ampliar ver Salerno (2005).

rotulado como ilegítimo. La visibilidad es así “coartada” para los moteros y “visa” para los hinchas.<sup>15</sup>

Además de lo que significa la exhibición para cada grupo, en la dimensión de lo que se visibiliza o invisibiliza es posible observar el juego que se da a partir de la incorporación, en el análisis, de otro elemento, relacionado con las acciones premeditadas o intencionales de los sujetos, que funcionan a modo de “llamadores” para su captura por parte de los sistemas de representación. Por cierto que en esta dimensión, el juego que cada grupo propone para exhibir u ocultar sus atributos presenta características y dinámicas bien diferentes según el caso. Y esto porque, en el encuadre de este juego no participa sólo el grupo en cuestión, más allá de que sus rasgos distintivos apunten en esa dirección. Y porque tampoco es un encuadre dispuesto solamente y “desde arriba” por los medios o por los sectores hegemónicos. Aquí el encuadre funciona a modo de arena en la cual cada grupo despliega acciones que poseen potencialidad para convocar a los dispositivos culturales a que iluminen algunos atributos u oscurezcan otros. Así, en el marco de unas reglas de juego heterónimo, cada grupo encuentra el modo de sacar provecho de las mejores cartas que tiene en la partida. Y el encuadre, por lo tanto, como parte de la misma dialéctica cultural, también se irá moviendo (Hall 1984).

Concretamente, lo que los moteros dejan en sombras es el trabajo. O, mejor dicho, la parte más rutinaria y “gris” de su trabajo: hacer trámites. Esta dimensión, la que sería la más “careta” de la vida cotidiana en el marco de su esquema, es lo que privilegian no mostrar, al priorizar y echar luz, en cambio, sobre la estilización de sus vidas, es decir sobre aquello que los marca como *outsiders*.<sup>16</sup> Y si decíamos que en el juego de luces y sombras otro actor de importancia son los medios es porque, permeables a lo “noticiable”, iluminan o ensombrecen esos rasgos de distinción. No es que los medios sean “cómplices” de alguna trama maldita, sino que son, sencillamente, sensibles a capturar lo exótico. Porque, ¿qué tendría de noticiable (y por ende rentable) un sujeto que hace trámites en horario de oficina? El estilo posee más valor de noticiabilidad. Y, por eso, se lo ilumina. Los medios

---

<sup>15</sup> Al mismo tiempo, los hinchas exhiben marcas de su estilo al “vender” su capital y los moteros se insertan en redes de solidaridad al “vender” su estilo.

<sup>16</sup> De allí su permanente táctica de inapresabilidad que permea el contacto con ellos y, por ende, el trabajo de campo.

reconocen en estos sujetos practicantes de la cultura del aguante no sólo a un grupo de consumidores ávidos, sino también a una generación post-dictatorial, rebelde y transgresora.

Sin embargo, la “transgresión” no puede limitarse a un gesto que produzca, como sugiere De Certeau, “marcas” en el territorio del Otro. Si esa transgresión no es acompañada de un gesto que le atribuya legitimidad, su eficacia se reducirá a una simple modificación simbólica, muchas veces, incluso, producida a partir de la propia captura por parte del mercado de la cultura.<sup>17</sup> Que estos sujetos sean autorreflexivos respecto de la potencialidad del estilo para obtener beneficios en su desempeño laboral es una hipótesis que, en principio, debería ser desestimada, porque la obtención de estos beneficios les jugaría más bien en contra. De hecho, y si bien no todos los moteros están sindicalizados, la relación que establece el sindicato (SIMECA) con los moteros es precaria y en su breve historia de cinco años no ha podido articular una política que dé cauce a los supuestos reclamos de mejoramiento de las condiciones de trabajo. Y esta desarticulación no fue producto de procesos de construcción identitaria desde el interior del grupo, que pueden funcionar en ocasiones, como bien lo explica Reguillo (2004), como verdaderos momentos de reflexividad, agenciamiento y empoderamiento, sino, más bien, de un destiempo entre el establecimiento de una base representativa y una repercusión mediática no buscada que confrontó diversas temporalidades. De hecho la inesperada visibilidad adquirida durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 en Buenos Aires, sin que éste hubiera sido un objetivo buscado de antemano, desencadenó un efecto paradójico en el sindicato. Un análisis rápido determinaría que a partir de la adquisición de una visibilidad connotada, además, de épica, el sindicato cambiaría su condición.<sup>18</sup> Pero lo cierto es que la sobrerrepresentación lograda tras aquellas jornadas no hizo más que profundizar las diferencias entre sus integrantes, al forzar un cisma que recién hoy se está empezando a recomponer. Ciertamente, en la cultura de estos pibes, una acción política que comprometa la

---

<sup>17</sup> Desde el punto de vista de los cambios subjetivos, por otra parte, la posibilidad de agencia presupone, tal como señala Ortner (2005), que el sujeto internaliza “una serie de circunstancias en las que se encuentra, reflexiona sobre ellas y, finalmente, reacciona contra ellas” (46), cosa que no está puesta en juego, al menos explícitamente, en ninguno de los dos casos.

<sup>18</sup> El SIMECA, aunque existente en ese momento, no tenía reconocimiento legal. La personería jurídica la consiguió en octubre de 2005, simultáneamente al momento de escribir esto.

subjetividad subyacente y que, entonces, se mueva en pos de la consecución de objetivos concretos acerca de la utilización del poder en forma diferencial, o que, al menos, permita redistribuir el acceso a los recursos del Estado, es vista como un valor careta y, por lo tanto, no les pertenece. En este caso, por lo tanto, la visibilidad obturó la posibilidad efectiva de concretar objetivos políticos y, más aún, obró en contra al obligar a sus integrantes a enfrentar un debate interno.<sup>19</sup>

En el caso de los hinchas de Huracán, lo que los sujetos iluminan, dejan ver, hacen visible, son sus prácticas de violencia, su estilo, que es lo que les permite “vender” su capital en el mercado de las relaciones personales. Pelearse con la policía ante las cámaras de televisión, robar protagonismo en los diarios que relatan sus “combates”, contar una y otra vez la pelea en que les robaran la bandera a “los cuervos” o exhibir una cicatriz que les evoca la mítica pelea con los de Platense son formas de alumbrar señales distintivas que los diferencian. Sin embargo, iluminar su estilo es al mismo tiempo autoestigmatizarse, señalarse como sujetos anómalos sobre los que pueden caer las fuerzas de seguridad, ya que los hinchas saben que su peculiaridad es mal vista. A pesar de eso no dejan de cantar las canciones en las que recuerdan peleas o mencionan el deseo de ajusticiar a sus rivales o a la policía. Esto no lo hacen ni porque son locos ni porque son sujetos contrahegemónicos que quieren agudizar las contradicciones del sistema, sino porque ésas son las marcas legítimas de su estilo. Legitimidad que puede entenderse si se tienen en cuenta dos cuestiones. Primero, que la violencia es parte de las experiencias cotidianas de estos actores, que afirman que los problemas se dirimen de esa forma, “a las piñas”. La violencia no se considera anormal, ya que forma parte de su cotidianidad. Lo que es foráneo es la señalización de anormalidad, y es sobre esta demarcación de anormalidad que podemos encontrar el segundo lugar donde se afina la legitimidad, dado que la elección de la violencia como marca de un estilo es sumamente efectiva al lograr distinguirse de manera radical. La efectividad de la distinción es inobjetable, ya que los hinchas logran con creces diferenciarse y rápidamente generan “otros” que los apuntan. Aunque iluminar tiene sus matices: no buscan iluminar todas sus

---

<sup>19</sup> Este debate se centra, brevemente, en que una sobrerrepresentación épica no buscada, según muchos de los propios protagonistas, no sólo no tiene correlato con las expectativas de acciones efectivas, sino que, además, funcionó condicionando al SIMECA a ocupar posiciones de alineación, antes que de confrontación, con el gobierno de turno.

prácticas por temor a la persecución judicial, sino que juegan lo mejor posible entre diferenciarse, mostrar su estilo violento y, al mismo tiempo, seguir en libertad en una sociedad de la que nunca quisieron irse.

En otras palabras, lo que los hinchas dejan en la sombra es su “trabajo”, la tarea que les permite sobrevivir pero, en este caso, por razones bien diferentes a las de los moteros. Y aquí las distancias entre ambos grupos son decididamente acentuadas. Y es que, para los hinchas de Huracán, el juego presenta aristas diferentes, más riesgosas si se quiere, porque, aun cuando las prácticas violentas pueden no ser totalmente legítimas para la sociedad “mayor”, lo que puede resultar sorprendente o llamativo es que los grupos políticos, los dirigentes de los clubes, los vecinos o los comerciantes se relacionen con los que en otras dimensiones de su vida condenan. Y es que, entre los hinchas, mostrar la posesión del capital violencia tiene como objetivo establecer interacciones. La violencia es un capital que entabla relaciones sociales con distintos actores del espacio barrial y del espacio futbolístico. Este capital, sin llegar a ser legítimo fuera del campo de los pibes, se conforma como una suma de técnicas y conocimientos que tiene una utilización posible más allá del reducido ámbito que define el campo. Los integrantes de la hinchada se ajustan a los códigos establecidos y exhiben las particularidades que los caracterizan. En el interior del grupo este ejercicio sólo posee un valor moral de delimitación de acciones válidas y no válidas, que marca los códigos de la violencia. Pero cuando este sistema de códigos se muestra fuera de los límites del grupo es parte de una exhibición que permitirá establecer o continuar con relaciones de interacción. En el caso de los hinchas de Huracán, la verdadera “estrategia” no es encontrar los momentos propicios para hacer “la muestra”, sino convertir a esta cualidad violenta en una herramienta de interacción. Transformar una característica de su habitus en una propiedad que los relaciona es, parafraseando a Bourdieu, jugar el mejor juego con las cartas que se tiene, es asegurar la (re)producción de su espacio en el mapa social.

## **Zonas grises y matrices culturales**

Nuestra intención en esta presentación es mostrar sistemas culturales abiertos y en comunicación. Creemos que en ese marco no sólo es posible observar sistemas culturales vinculándose entre sí sino también discriminar la relación entre los diversos elementos que se ponen en juego: hegemónicos, masivos, populares, laborales, de supervivencia cotidiana. Pero no como elementos que sólo juegan su juego “de las fronteras para adentro” de cada grupo y que, entonces, se convertirían en bienes de mercado, al modo en que García Canclini (1995) estima que cobran entidad de “negociables” los atributos culturales cuando entran en relaciones de intercambio. Sino, acaso lo más interesante, como elementos a los que desde los sectores considerados legítimos también se les otorga valor. Observar, por ejemplo, los investimentos públicos de ciertas elecciones grupales de vida posibilita dar cuenta de los ardidés y las astucias culturales que algunos grupos desarrollan para sortear las contradictorias fisuras de la sociedad. Por otro lado, exhibir cómo se relacionan los sistemas que hacen de la violencia una marca con otros que la rechazan permite mostrar que el “más allá” (la violencia expulsada de los límites de los sistemas racionales) tiene un pie en el “más acá” (la sociedad que estigmatiza y acusa el uso de la violencia). De hecho, la hipótesis de la posesión del capital violencia de los hinchas (Garriga Zucal 2005) permite ver más la comunicación que la disimetría entre sistemas culturales supuestamente sin relación entre sí, porque ilumina aquello que posee valor de cambio no sólo para los sujetos portadores de ese capital sino también para los que públicamente lo desvalorizan aunque les reconocen valor.<sup>20</sup> No se trata, en fin, de culturas cerradas que dialogan desde dos lugares de emisión irreductibles, sino que se trata de superficies de contacto, de porosidad, de mutua correspondencia, donde, entonces, es el sentido de lo compartido, tanto como el de lo diferente, lo que interesa a los efectos de analizar la dinámica social y cultural. En ese sentido, estas observaciones nos conducen a desestimar el uso de la analogía propuesta por Grignon y Passeron (1991) cuya matriz postula (muy resumidamente) la homologación de capitales y “haberés” para restituir luego el análisis en el marco de la

sociedad “mayor”. Una perspectiva de este tipo no permite pasar más allá de un análisis que sólo refuerce lo ya conocido, esto es, que haberes y capitales no funcionan con la misma lógica y que, puestos a jugar en el juego de la dinámica cultural, los haberes “pierden” frente a los capitales. Correcto, pero anodino, este tipo de análisis mantiene la perspectiva dicotómica y, aún cuando positivice los “haberes”, no permite ver las relaciones ni la comunicación entre las partes (que, de hecho, no son sólo dos). Puesto que no se trata de dos universos, sino de grupos diversos que construyen sus estilos en el contacto, lo cual no inhabilita a pensar el eje de la dominación, sino que la reubica, justamente, en el punto en que el contacto mismo la hace más dinámica, más compleja y con matices y texturas que en la visión dual quedan ocultas al analista. Y esto porque la hegemonía no adquiere formas dicotómicas, sino que se traduce en espacios más o menos invisibilizados que, en tanto se legitiman públicamente, comportan lógicas afines y forman parte de zonas fronterizas de la cultura. En esos espacios, más que “negociar”, se producen procesos de ósmosis, de intercambio y de redes, espacios donde, claro está, finalmente unos tienen más recursos que otros. Lo que nos importa es ver tanto qué es lo que se comparte como qué queda como resultado, porque ver lo que compartido permite analizar el resultado desde otra postura que también muestra el modo en que se comparte, y observa, en fin, la dominación en la relación misma y no entre dos entidades separadas.

### **Lo interesante de lo común**

A la manera de la costumbre de Thompson (1990), los repertorios culturales parecen imbricarse con la fuerza normativa que posee lo estatuido, lo que no sólo funciona de modo consuetudinario sino que además regula las relaciones entre las partes, aun cuando una de ellas ocupe posiciones más favorables, en relaciones disimétricas. Ante esto, las preguntas más interesantes no tienen que ver con el juego de oposiciones y diferencias sino con aquello que se tiene en común: ¿qué tienen las prácticas políticas de “parecido” a la lógica de las hinchadas de fútbol? ¿Qué comparten? Y aquello que comparten, ¿qué nos dice de

---

<sup>20</sup> La pregunta que aún queda sin responder es: entonces ¿por qué el fútbol? ¿por qué la política? ¿por qué la violencia? Y ¿qué mundos similares o compartidos hay entre los hinchas que poseen el capital violencia y los

las formas de hacer política? Y ¿por qué algunos jóvenes que encontraron un modo de estar incluidos en el sistema laboral se resisten a participar activamente en el mejoramiento de sus condiciones laborales? ¿Qué resonancia posee la cultura del aguante en ellos? ¿Y por qué se produce un retraimiento de la posibilidad de agenciamiento efectivo? Y en la vida cotidiana, ¿qué nos dicen los valores invocados y valorados por los ciudadanos “comunes” de la propia cultura?

De un modo o de otro, la “clasificación-desclasificada” que propusimos al comienzo, terminó mordándose la cola. Al final, es como si hubiéramos vuelto al principio, al lugar en donde observábamos las mayores cercanías: la dimensión puramente expresiva. Y, sin embargo, aun cuando el trayecto haya formado un círculo, sabemos ahora que lo que en apariencia los acerca finalmente los distancia. Y viceversa. Ambos grupos están “adentro”: los moteros que se muestran “afuera”; los hinchas de Huracán que ocultan su pertenencia al “adentro”. Una sutileza no menor que, invocando otro regreso (que preferimos dejar para un próximo ejercicio reflexivo), llevaría a discutir, en coincidencia con Fonseca (2005), la pertinencia de considerar en todo análisis cultural los ejes de dominación, y, en particular, los de inclusión y exclusión social, política y económica.

Por ahora esperamos haber cumplido la promesa de proponer líneas de argumentación para un intercambio académico productivo. En nuestra modesta contribución, la única certeza de la que podemos hacer gala es que la indagación sobre la cultura se muestra mucho más interesante cuando se la interroga desde las articulaciones, es decir, a partir de lo que tienen en común diversos sectores, que desde las carencias y las diferencias. Casualmente, igual que ocurre en las disciplinas académicas. Y acaso en la política. Y, ¿por qué no?, también en las novelas venezolanas. Como parece ocurrir, en fin, en la vida misma.

## Bibliografía

- ALABARCES, P. (comp.) (2005): *Hinchadas*, Buenos Aires, Prometeo.
- (2004): *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- ALABARCES, P. *et al.* (2000): “‘Aguante’ y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina”, en: Alabarces, P. (comp.): *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO-ASDI.
- ARCHETTI, E. (1998): “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, en: *Nueva Sociedad*, n° 154, Caracas, marzo-abril.
- BARANCHUK, M. (2005): “Mercado cultural e industrias de la comunicación y la cultura: en la búsqueda de algunas distinciones clasificatorias”, en: Luchessi y Rodríguez: *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*, Buenos Aires, La Crujía.
- BOURDIEU, P. (1988): *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa.
- (1991): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- BRUBAKER, R. y COOPER, F. (2001): “Más allá de ‘identidad’” (pp. 30-67), en: *Apuntes*, n° 7, Buenos Aires.
- CHARTIER, R. (1999): *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa.
- DE CERTEAU, M. (1999) [original 1974]: *La cultura en plural*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- FONSECA, C. (2005): “La clase social y su recusación etnográfica” (117-138), en: *Etnografías contemporáneas*, año 1, n° 1, abril, Buenos Aires.
- GARCIA CANCLINI, N. (1995): *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- GARRIGA ZUCAL, J. (2005): “Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol”, tesis de Maestría en Antropología Social, IDES-UNSAM, inédita.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J. (1991): *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Buenos Aires, Nueva Visión.

- HALL, S. (1980): "Encoding/Decoding", en: Hall, Stuart *et al.* (eds.) *Culture, media, language*, Londres, Hutchinson.
- (1984): "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en: Samuels, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica.
- JELIN, E. (2003): "La escala de la acción de los movimientos sociales" (25-5), en: Jelin, E. (comp.): *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Buenos Aires, Ediciones del Zorzal.
- ORTNER, S. (2005): "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna" (pp. 25-53), en: *Etnografías contemporáneas*, año 1, n° 1, abril, Buenos Aires.
- PITT RIVERS, J. (1980): *Antropología del honor o política de los sexos*, Barcelona, Crítica.
- REGUILLO, R. (2004): "Subjetividad, crisis y vida cotidiana. Acción y poder en la cultura" (249-270), en: Grimson, A. (comp.): *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.
- RODRIGUEZ, M. G. (2005): "La infantería motorizada del pueblo. O las contradicciones de la epicidad", en: *Question*, Universidad de La Plata, invierno.
- SALERNO, D. (2005): "Apología, estigma y represión. Los hinchas televisados del fútbol", en: Alabarces, P. (comp.): *Hinchadas, op. cit.*.
- SEMAN, P. (2005): "Venganza de clases en el rock", ponencia ante el Primer Congreso Latinoamericano de Antropología, Rosario, 11 al 15 de julio.
- THOMPSON, E. P. (1990): *Costumbres en común*, Buenos Aires, Crítica.
- (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, tomo I, Barcelona, Crítica.